

## EL AMOR EN UNA ÉPOCA DE TOLERANCIA Y ABORTO.

---

La gente nos acusa de "odiar" porque no mentiremos sobre el amor de Dios, sobre el amor al que Él nos llama.

---

20 de mayo de 2019 P. Charles Fox

---



(Imagen: Josh Applegate | Unsplash.com)

Una de las acusaciones más frecuentes contra los católicos es que somos "intolerantes". El mundo nos llama intolerantes porque no aceptamos todo lo que las personas hacen sin cuestionar o protestar. Es una ironía un tanto amarga que si quieres ver la intolerancia real, ¡solo atreúvete a oponerte al mundo en uno de sus temas favoritos del día!

La cuestión de la "tolerancia" se ha puesto de relieve una vez más a raíz de la legislación reciente (y la legislación propuesta) que restringe el aborto en varios estados del país. Los defensores a favor del aborto ya no pueden argumentar que no sabemos cuándo comienza la vida humana; la ciencia ha dejado de tener dudas de que comienza en la concepción. Entonces, la siguiente línea de argumentación es que debemos "vivir y dejar vivir". En particular, se dice que no debemos decirle a las mujeres qué hacer con sus cuerpos (ignorando el hecho de que es el cuerpo *del niño por nacer* el que enfrenta a un mortal amenaza del aborto).

Sin embargo, hay muchas instancias para cualquier sociedad en la que "vivir y dejar vivir" es imposible. Y Dios no creó la Iglesia simplemente para que podamos ser tolerantes con otras personas. La tolerancia tiene un lugar en este mundo, pero Dios no nos llama a ser simplemente tolerantes con otras personas. Él nos llama a *amarlos*.

¿Alguna vez has tenido en tu vida una persona a quien meramente toleraste? ¿Tal vez un miembro de la familia o un amigo que perdonaste por algo que te hizo pero que realmente nunca fue más allá de simplemente aguantarlo? Eso es la tolerancia, simplemente aguantar a las personas, no es algo malo, pero tampoco es muy bueno.

Dios nos llama a amar porque eso es lo que Dios hace: "Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único" (Jn 3, 16). En su primera carta, San Juan nos dice: "Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios" (4: 7). En el Evangelio de Juan, Jesús dice: "Como el Padre me ama, también yo os amo" (15: 9).

Dios nunca ha, por un milisegundo, simplemente "aguantarse" con nosotros. Su amor es la razón por la que existimos en primer lugar. El amor de Dios es lo que nos da nuestra identidad, nuestra dignidad y nuestro destino. No tenemos nada bueno que no sea de alguna manera el resultado del amor de Dios por nosotros.

Al mismo tiempo, mientras el amor de Dios es constante e incondicional, su amor nos llama a ser mejores de lo que somos hoy. Hay un dicho que dice: "Dios nos ama justo donde estamos, y nos ama demasiado para dejarnos allí". El amor y la verdad siempre van de la mano. El amor nunca miente. En ese sentido, el amor puede ser un poco molesto, una molestia, como cualquier adolescente le diría con gusto en un momento u otro con respecto a sus padres.

Dios no "solo nos dejará en paz", y Él no nos mentirá sobre nuestros pecados, sobre nuestra necesidad de arrepentimiento y conversión, sobre nuestra total dependencia de Él para todo.

El mundo *nos* mentirá. El mundo hace que la vida sea todo sobre *ti*, diciéndote que puedes hacer cualquier cosa que te propongas, que deberías sentirte libre de hacer lo que tu corazón desee, que cada diferencia tiene que ver con la "diversidad", independientemente de cómo coincidan estas diferencias. Con la voluntad de Dios, su plan para nosotros.

Aquí es donde los católicos se meten en problemas con el mundo. La gente nos acusa de "odiar" porque no mentiremos sobre el amor de Dios, sobre el amor al que Él nos llama. No mentiremos y fingiremos que el plan de Dios no significa nada en este mundo. No mentiremos y dejaremos de lado Sus enseñanzas, ignorando su papel apropiado en dirigir nuestras vidas, desde la forma en que tratamos a los no nacidos, a la forma en que reconocemos y honramos el matrimonio, a la forma en que tratamos a los pobres, los enfermos y los enfermos. mayor. La vida no es solo sobre nosotros; se trata de Dios y su plan para la Iglesia y para toda la humanidad.

A lo largo de las Escrituras, el Señor deja en claro que su amor es para cada persona y que no discrimina a nadie cuando se trata de unirse a su Iglesia y unirse con Jesucristo. Uno de los elementos más bellos de la fe católica es verlo expresado en todos los lugares y culturas del mundo. El Evangelio verdaderamente encuentra un hogar dondequiera que haya personas que escucharán la palabra de Dios y creerán en él.

Dios nos ama a todos, desea que cada persona sea salva (1 Timoteo 2: 4), y nos envía a compartir el Evangelio con cada persona (Mt 28:19; Mc 16:15). Él llama, pero también debemos *responder* a su llamada, tanto cuando aceptamos la fe por primera vez y luego a lo largo de nuestras vidas. Jesús dice:

- "Quienquiera que tenga mis mandamientos y los cumpla es el que me ama" (Jn 14, 21);
- "Si guardas mis mandamientos, permanecerás en mi amor" (Jn 15:10);
- "Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando" (Jn 15, 14).

Jesús nos ama más de lo que podemos imaginar, pero la forma en que vivimos nuestras vidas le importa a él. Necesitamos decirle "sí" a Él con nuestros pensamientos, palabras y acciones, incluso cuando es más difícil. Y así es como debemos amarnos unos a otros, con firmeza, incondicionalmente, totalmente, pero no con un amor falso que nos haría simplemente encogernos de hombros ante el pecado. Precisamente porque amamos, queremos lo mejor para otras

personas. Queremos que conozcan y amen a Jesús. ¡Queremos que vivan vidas buenas, que se salven, que eviten el infierno y vayan al cielo!

Volviendo a los debates actuales sobre el aborto, Dios no nos llama a tolerar el asesinato ni a condenar a quienes apoyan o cometen estos actos gravemente malvados. Él nos llama a condenar el pecado del aborto, a trabajar por su eliminación y a demostrar el amor divino y abnegado por los niños no nacidos, sus padres y todos aquellos que de alguna manera están involucrados o afectados por el conflicto en el cual nuestra nación está comprometido con el derecho a la vida.

Por supuesto, no podemos mostrar este tipo de amor desafiante sintiendo, y mucho menos actuando, como si fuéramos mejores que otras personas. ¡Lo primero que sé sobre el pecado es que soy un pecador! Aprendí mucho sobre el pecado a través de la enseñanza, la lectura y la observación, pero primero aprendí sobre el pecado por experiencia. Y es al conocer las profundidades de mi propio pecado que llego a apreciar la magnitud alucinante del amor de Dios por mí, y luego estar listo para compartir ese amor con los demás.

El amor de Dios se nos presenta de la manera más poderosa que podemos experimentar aquí en la tierra en la Sagrada Eucaristía. Cada vez que ofrecemos el Cuerpo y la Sangre de Jesús en el altar del sacrificio, estamos llamados a ofrecerle a Dios nuestras vidas, comprometiéndonos a amar a las personas como Él las ama, incluso a costa de nuestros cuerpos y nuestra sangre. De esta manera, el mundo verá en nosotros no solo la tolerancia, sino también el ardiente amor de Jesucristo, un amor que no descansará hasta que todos los que Dios llama estén unidos a Él y adoren en un altar, compartiendo un destino celestial.

*Si valora las noticias y los puntos de vista que proporciona Catholic World Report, **considere donar** para apoyar nuestros esfuerzos. Su contribución nos ayudará a continuar haciendo que CWR esté disponible para todos los lectores de todo el mundo de forma gratuita, sin una suscripción. ¡Gracias por tu generosidad!*

**Sobre el p. Charles Fox** [18 Artículos](#)

**El Reverendo Charles Fox** es profesor asistente de teología en el Seminario Mayor del Sagrado Corazón, Detroit. Tiene una ETS en teología dogmática de la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino (Angelicum), Roma.